A través de todo el poemario, la hablante se desparrama en un yo multiplicado en que se pasa del yo palpable poético identificando a una insomniaca diurna a un yo reducido por las cosas: «Cuando acostada contemplo a mi izquierda / y muy cerca un objeto que se magnifica, / su mundo me sumerge / y pierdo lo que soy». Esta pérdida de la identidad a través del lenguaje se prolifica en varios sujetos; el yo/Caín: «Asesiné para calmar la falta de tu amor, / y porque está escrito que hay dos, / uno bueno y otro maldito, / donde tendría tuvo que realizarse la maldición»; el yo/hembra que debió ser varón: «...Al mundo entró una hembra. / Habíamos preparado la cuna para Rogelio»; Un yo/tú que niega toda validez de un individualismo certero: «Una mente podrida una mente confusa / no le echas la culpa a nadie, eres tú, eres tú / Como una bayeta llena de creolina, un escupitajo...» Nótese el subtexto de la canción popular de Abba «Eres tú». Subtexto musical, dicho sea de paso, que converge con otros discursos, ya sean cinematográficos, ya sean pictóricos, narrativos, fotográficos, etcétera, y que están atados a la cultura hispánica en el exilio neoyorquino. Por otra parte, ese discurso bicultural curtido en la experiencia del emigrado en esa inmensa ciudad de Nueva York, donde habita Alabau, se explaya por toda la colección. En este respecto se evidencia la naturaleza inhóspita de la ciudad «de alabastro» petrificada que lucha con el agua helada como quejidos de alguien desolado que no pertenece, pero que quiere pertenecer y no puede. Se diría casi que existe un subtexto agónico existencial en que se deja hablar al reducto de esa cultura.

Se hace evidente a la vez en este poemario una *entretex*tualidad, en tanto que sus dos libros anteriores hacen ecos en muchos de estos poemas, pero ecos conscientemente musitados, así como hace presencia la visita de un sinnúmero de referentes literario-culturales del mundo de esta poeta en Nueva York.

Esperemos que esta original voz poética continúe la veta tan prolífica en la que el discurso poético del exilio nos entrega un nuevo trino y una nueva versión de la desesperación. La esperanza está vertida en la voz del poeta cubano cuando reniega del suicidio cultural como solución a la desesperación:

Lista para morir no.
Es que tengo un espíritu cristiano
o comunista. Los discos servirán de platos
y a mis amigos los poetas y filósofos
los encontraré un día en la biblioteca
Allí estaremos juntos, como las cosas fijas,
sin uso y con desilusiones, sucios y petrificados,
sin interrelaciones.

LIBRADA HERNÁNDEZ

Furman University

FELIPE LÁZARO, ed., *Poetas cubanos en Nueva York (Antología)*. Madrid: Editorial Betania, 1988.

En términos de análisis, el sistema de las antologías marca una crucial intersección de discursos, prácticas, textos que definen la producción del libro dentro de un contexto social. Se puede decir que una antología presenta una práctica discursiva en tanto que encompasa todo un proceso de selección, organización, evaluación de diferentes textos dependiendo del género y nacionalidad —antología de poetas cubanos, nicaragüenses, hispanos, chicanos,

etcétera—. A otro nivel, una antología es a la vez un sistema significativo en tanto que cada uno de los elementos previos nos sirve para una especial lectura. Diríamos que la antología impone una cierta lectura; la que aquí nos atañe, por ejemplo, nos fuerza a leer a un grupo de escritores como «poetas», «cubanos» y «en Nueva York». En este sentido, la antología se nos convierte en un *multitexto* en tanto que tiene varios sistemas de significados diferentes que funcionan conjuntamente. El punto de su convergencia impone un cierto control institucional en la publicación de los poetas, en apuntar a quienes se lee y a quienes se publica y a quienes vamos a instalar como parte de nuestro *curriculum*. En este contexto, la ausencia de una antología es significativa, pues esto regularmente indica o la no-existencia o el rechazo de cierto tipo de escritores. Por ejemplo, no existen antologías de poetas callejeros, pero ¿existen poetas callejeros? A juzgar por lo que ocurre en muchos de los barrios de Los Angeles, Nueva York y Chicago, existe una poesía vital que se desarrolla oralmente, en muchos casos acompañada de música. No obstante, nuestra indumentaria académica no los acepta como tal, puesto que no son los consabidos autores de «poemarios» o no han sido incluidos en antologías.

La antología que en el presente nos ocupa, *Poetas cubanos en Nueva York*, presenta una anomalía en el curso común del mundo de la publicación, pues responde al reciente interés que de un tiempo a esta parte se viene demostrando hacia la literatura minoritaria. Es de alabar el esfuerzo de la Editorial Betania en fomentar para nuestro mundo hispánico a los poetas cubanos en el exilio tanto como a los poetas chicanos. Ambos grupos, como componentes de nuestra cultura, han estado haciendo mella en nuestra lengua desde hace ya tiempo.

La presente selección está prologada por el profesor José Olivio Jiménez, quien nos presenta una informativa introducción a la poesía cubana en la ciudad grande, trazando la ruta desde José Martí, José María Heredia y Eugenio Florit hasta las nuevas voces aquí agrupadas. La metáfora que Jiménez escoge para describir la angustia del desterrado es la que años usara Martí: la del naufrago. Los poetas presentados, por el mero hecho de estar fuera de su patria, son seres abandonados en el inhóspito mar de Nueva York. A la vez debemos añadir que el mismo hecho lingüístico los separa, ya que, dentro de la cultura americana, tanto los poetas cubanos como cualquier otro poeta que escribe en su idioma nativo está *a*-islado de su lengua y de su propia cultura.

Si bien los escritores de esta antología se nos presentan con sus voces individuales, se destacan a la vez ciertas cuerdas comunes. En primer lugar, todos residen en Nueva York, lo que nos presenta un vivir que, si endémico de esta gran ciudad, al mismo tiempo apunta hacia un universalismo. Por ejemplo, impresiona Eugenio Escudero, reciente inmigrante de la promoción de Mariel, quien internacionaliza como experiencia personal la obsesión anglosajona por el reloj y la manifiesta en su poema «El tiempo»: «Su olor a dólar en las factorías, / abunda en las galerías y conciertos, / y se identifica con los clientes / y propietarios». Inés del Castillo nos recuerda a los residentes hispanos el salubre sabor de las comidas corridas: «Un apuro de “hamburgers” / adelanta las esquinas / a las ojeras del “subway”». Y en la misma vena, Antonio Giraudier nos informa «Rápidos cielos / y veloces ruidos / mirando a un reloj». La ciudad entera entra dentro del exiliado: «Altiva Nueva York. / Acero fundido. / Agua asfaltada». La ansiedad del tiempo se convierte en una constante que permea toda experiencia vital hasta incluir la poesía amorosa como se expresa en los poemas de Isabel M. Perdigó.

Por otra parte se explaya en estos escritores la conciencia del desterrado y su consecuente problema de identidad. Conciencia que a veces se evidencia con un cierto sentido de culpabilidad: «Ser desertor es haber dejado los ojos en otro lado. / Recordar, preparar el suicidio / y no llevarlo a cabo», nos dice Magali Alabau. Emilio Mozos nos lo impone como la inseguridad en el ser: «soy o no soy / lo que fui... / paraíso, repertorio cultural / modelo colectivo / no sé». Esta conciencia del desterrado crea toda una ontología de la identidad que

hace que la mayoría de los poetas se evidencien como seres agónicos, entre un pasado convertido ya en mito por el discurso del inmigrante cubano y un presente que no le pertenece. De ese pasado nos recuerda el conocido novelista Reinaldo Arenas en uno de sus poemas aquí recogidos: «La precola para la cola que nos da derecho a seguir en la / cola». En total, lo que presentan estos poetas es la conciencia de ser otro, de no pertenecer, como terroríficamente lo expresa Isabel Rivero en su poema, «Los excluidos se muerden las uñas», o también Jorge Valls, quien como prisionero de conciencia ata su experiencia a la de los desaparecidos cuando habla de ese obsesivo tema de la identidad que surge en la literatura del torturado: «Mi rostro es un hueco / y no puedo quitármelo».

Sin embargo, si nos preguntamos cuál es la metáfora significativa del exilio, creo que ahora que tenemos poetas cubanos en Nueva York, la respuesta tendría que ser la soledad. La ciudad de Nueva York impone esta sensación aun cuando no se es exiliado, pues es la ciudad que, a manera de islotes, representa las culturas de los expatriados. Nuestros poetas llevan la soledad hacia un plano metafísico, y en este sentido esta poesía —hasta cierto punto separatista también— conecta con las teclas de la poesía contemporánea. Lo que vocifera la mayoría de los jóvenes poetas de esta antología es la diferencia de ser. Algo sorprende el hecho de que aunque poesía del exilio cubano, incluyéndose a recién llegados a través de Mriel, a ex-prisioneros políticos como Valls y Arenas, esta poesía explora más el acto y la angustia de ser exiliado que la añoranza de lo dejado. El recuerdo y la nostalgia de la Isla, aunque patentes, no alcanza un nivel temático; más importante en este sentido es el ensimismamiento. Es posible que esto esté ligado precisamente al hecho de que los poetas residen en Nueva York.

Todo lo dicho anteriormente rinde total validez a la colección que el señor Felipe Lázaro nos presenta. Aunque existe la posibilidad de que se hayan quedado descarriados algunos poetas callejeros, la presente antología ejemplifica una realidad de nuestras letras, la existencia de una poesía cubana *de y en* Nueva York.

LIBRADA HERNÁNDEZ

Furman University

MAGALI ALABAU, *Hermana*. Madrid: Editorial Betania, 1989.

Este libro de poemas está dividido en varias secciones, que enfocan sobre una experiencia vivida, pero todo el texto fluye como un poema del recuerdo en el que el discurso poético remite a la literatura de viaje en el tiempo. En este viaje la autora hace un tributo a su hermana, quien se encuentra encerrada/enterrada en el manicomio de Mazorra en la Isla de Cuba. En el poemario converge el recuerdo de la hermana con la experiencia de la poeta exiliada en Nueva York, encerrada/enterrada también en la isla de Manhattan. La poesía será el medio por el cual Alabau explore los viajes del pasado, el de su exilio y el que hacía cada domingo al sanatorio. Ambos viajes son impuestos; el dominical, como tarea de hermana: «Me mandaron aquí, no hubiera venido / me mandaron a cumplir con la obligación, / porque eres mi hermana, porque eres yo de tú y tú de yo», y el viaje al exilio, que resulta en un sentido de culpabilidad al abandonar a la hermana: «Y, sin embargo, yo era la única que entendía / y ese entendimiento el único que te liberaba / y escapé con él».

A través de la escritura, la autora se libera del sentido de culpabilidad y a la vez elimina la enfermedad de la hermana. Este viaje coincide con el regreso odiseíaco y está impulsado por un deseo inusitado de retornar a un pasado perdido en el recuerdo: